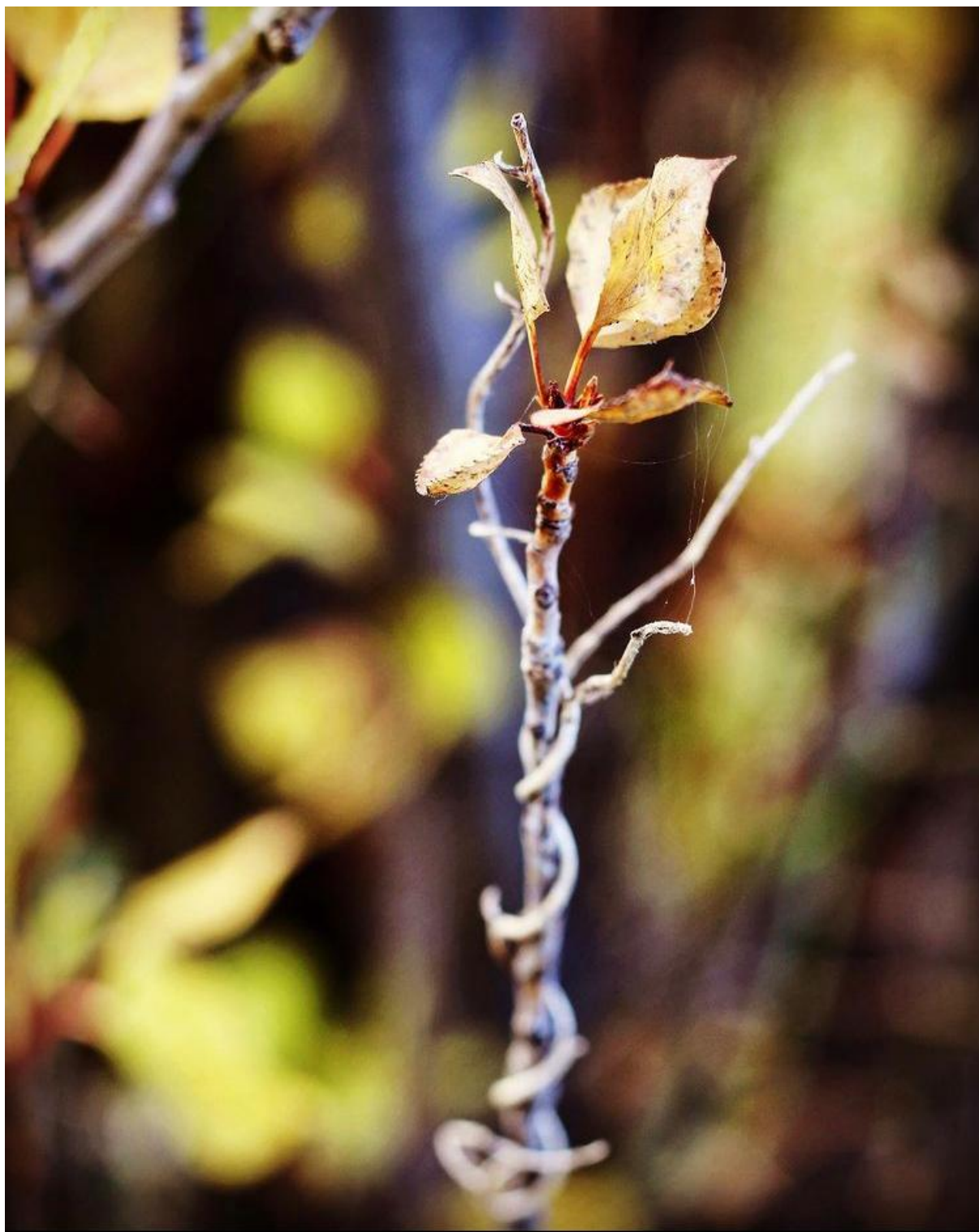


Íntimo de las cuatro estaciones y una de yapa.

Daniel Sans □□□□



Capítulo 1

Íntimo de las cuatro estaciones y una de yapa.

I

El nombre del viento es su fuerza.



Aquel día habría viento. Pronosticaban ráfagas de 98 kilómetros por hora, por la tarde. Nunca entenderé cabalmente cómo lo saben. Lo que sí puedo entender es que el viento enloquece a la gente. Es un lugar común, pero aquí, en la Patagonia, es un saber fundamental. Podíamos haberlo previsto la noche anterior cuando te pregunté si habías comprado soda cuando vino el repartidor de agua. No recuerdo qué respondiste; las palabras abrieron grietas invisibles. Caminé hasta donde estabas rallando una zanahoria, te abracé con cuidado. Estuvimos trémulas hasta que vimos el pronóstico: era que venía un río desde el cielo.

Capítulo 2

II

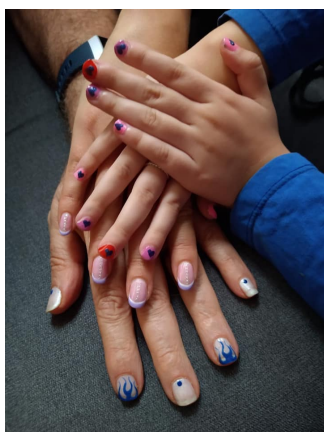
Vaivén.

En la noche nos acercamos hacia el centro de la cama, es el invierno que contrae las casas que en el verano se derraman en patios y veredas. Uff decís, viste que rápido que calienta, y nos volvemos a alejar. Luego dormidas nos juntamos hasta que el sudor reinicia el ciclo. Es el péndulo de los cuerpos que, bajo la sábana, acompasa las estaciones.

Capítulo 3

III

ManiCura.



Hace seis mil años en Oriente se pintaban las uñas. Lo que hoy sabemos es que no nacemos varón ni mujer, tampoco abuelo. Insisten algunos colores: las llamas que me pinta mi hija son del mismo azul —Primavera 204— que los corazones en las uñas de mi nieta. Y la ternura que me toma de los dedos. Conversamos o a veces atendemos al dibujo, en silencio, mirando en la dirección en que se juntan las manos.

Capítulo 4

IV

Culebra

Si este cuerpo desnudo permanece mojado olvidará el pudor y otros límites. Ando como cuando vine al mundo que no sabía andar, reptaba. Son los últimos veranos que me tiro al sol pero, algún atardecer, aun danzo con una sombra de reptil estilizada.

Capítulo 5

Yapa

Nunca habrá silencio aquí.

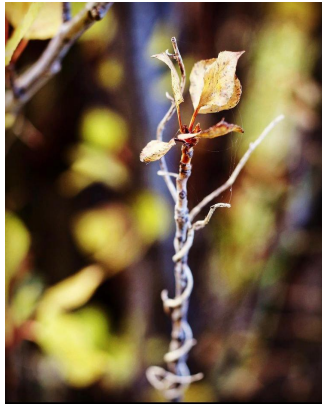


Foto: Clo Sans

Nunca habrá silencio aquí.

La enredadera recibe el sol sobre una rama caída. Desde la quietud que le permite la brisa despliega movimientos que la expanden. Cubre de verde sobre la corteza oscura y así le ofrece más superficie a la luz que la calienta. Ese es el deseo, enredadera, persistir bajo el sol. No hay lugar para las emociones cuando todo es movimiento. También a su alrededor: La humedad sobre la rama caída se disipa y asciende el vapor que toca la cara inferior de una hoja. Hasta que el vapor condensa en una gota que cae. Todo lo que cae, sea gota, rama o dentellada es una peripecia. Los insectos, inundados por la gota, trabajan entre hongos multiformes, intentan un orden vertiginoso. Hasta que en la corteza una elevación crece y revienta un brote verde. Se violenta el aire, hay un estallido. La calma posterior al estruendo muestra esa forma de abandono que sigue siempre a los momentos de gran tensión. Es una calma aparente, superficial. Nunca habrá silencio aquí, en ningún momento quietud. La enredadera, universo en perpetua expansión, cubrirá ese nuevo brote. Y así hubiese seguido hasta el infinito, pero las fauces de un animal, del que no llegamos a ver más que el marfil afilado de sus colmillos, terminan con todo; incluso con un trozo de corteza que nada sabía de la enredadera. Y ahora quedó una franja de la luz en la que flotan partículas iridiscentes.